

Crónica | MIGUEL ÁNGEL NEPOMUCENO

FALLECE UNA LEYENDA DE LA MÚSICA ESPAÑOLA

Con estas dos palabras susurradas a su hija Alicia pocas horas antes de que iniciase en ese largo viaje hacia la inmortalidad, Alicia de Larrocha, se despedía de una vida dedicada por entero al piano, llena de esfuerzos, ilusiones y deleite, que comenzó en un temprano día de 1926, en que con tan sólo tres años y de la mano de su tía Carolina, se presentó en la academia que Frank Marshall regentaba en Barcelona.

«Dejadme descansar»

La gran dama del piano que falleció el viernes en Barcelona estuvo muy unida a Eutherpe donde impartió dos cursos y dio un concierto en el Auditorio

■ Acercándose al prestigioso maestro la pequeña Alicia le tiró de la americana para que reparase en ella, al tiempo que le decía: «Yo también quiero tocar». Tres semanas después entraba en el centro donde permanecería al lado del maestro hasta su fallecimiento en 1959. Después sería la propia Alicia quien dirigiría hasta hoy la renombrada Academia. Descanso y silencio es lo que por última vez pidió esta infatigable mujer que de sus 86 años 83 los pasó delante de un piano impartiendo sabiduría y humildad mientras sembraba el mundo de música excelsa, de alumnos que la adoraban y de ese repertorio tan nuestro que cuando nadie apenas lo conocía ella lo hizo tan universal y personal que en ningún país se quería escuchar la música española sino era interpretada por Alicia de Larrocha. Así se convirtió en la embajadora por antonomasia de nuestros más señeros compositores del teclado porque jamás, nadie, consiguió decir y expresar como ella la música de Granados, de Albeniz, (su Iberia es la referencia absoluta de cómo se debe tocar esta locura de obra) de Falla, de Momppou, y, por extensión, de los románticos, Chopin, y Schumann, a los que más que interpretarlos los oficiaba, Beethoven, Mozart, y los impresionistas, Ravel, Debussy, Fauré. Ahora Alicia descansa en paz, como deseaba, pero su música no dejará de sonar en los reproductores del mundo entero porque ¡ella era la música de España!

Alicia en el país de las maravillas:

Eutherpe. La relación de Alicia de Larrocha con León comienza y termina con Eutherpe y su presidenta Margarita Morais, gran amiga, que en el 2002 la invitó a impartir un curso en su auditorio y se apuntaron tal cantidad de alumnos, 80, que la desbordó. «Ahí viene el pelotón de León» decía cariñosamente al grupo compacto de alumnos que puntualmente se presentaba a sus clases. De su estancia entre nosotros quedó memoria en el emotivo concierto que ofreció en el Auditorio el día 14 de junio del 2003, aprovechando ese curso. Un Chopin modélico, un Turina toda fragancia en su *Alegria andaluza* y un Albéniz de reclinador, fueron el regalo que esta menuda pero inmensa mujer



Alicia de Larrocha junto a Margarita Morais, directora de Eutherpe. DL

hizo a los leoneses. Sus clases «eran lo mejor, dice Margarita, por la amenidad, la sabiduría y la vitalidad que desplegaba en ellas, pero sobre todo por el cariño».

Era una mujer recta, seria, tremendamente sincera y directa que no tenía pelos en la lengua

y decía lo que realmente sentía, sin cortapisas. Dos años después intentamos que regresara a Eutherpe pero la salud ya no la acompañaba y nos dijo que no podía venir. Entonces le dije: «No te preocupes Alicia, nosotros vamos hasta Barcelona; tú, ni te muevas». Y para allá

nos fuimos todo el «pelotón de León» para escucharla por última vez. Se quedó sorprendida de este traslado de Eutherpe a la Academia Marshall. Allí hicimos el curso con casi medio centenar de alumnos de toda España. ¡Sin ninguna duda ha sido la pianista más impor-

tante del siglo XXI, dice. Nada de cancelaciones si no sucedía algo insuperable. La he visto trabajar sus manos durante las comidas y descansos: estirando tendones, abriendo los dedos, apoyando sus puntas ¡Increible su vitalidad y constancia! Eran pequeñas con relación al teclado pero proporcionadas para su cuerpo menudo. Su mirada directa y franca, me daba toda la confianza que podía desear. En ella, todo era de verdad ¡Qué gran fortuna encontrarte con sus ojos! Su gesto era austero pero cuando te miraba, podías comprender que estaba hecha de cariño toda entera. Sentí un escalofrío enorme cuando hace años, la conocí por primera vez. Todos los pianistas hemos querido tenerla cerca, aunque sólo fuera por un momento, escucharla al vivo, verla tocar con esa bravura y entrega que emocionaba. Desde el primer día, nos unió un afecto muy especial. ¡Cuánto disfrutamos juntos, alumnos y profesores, en la Academia Granados-Marshall, aquel lugar con sabor tan familiar, con Ali, su hija que la cuidaba con tanto amor y con los profesores y amigos que trabajan en la Academia! Nos hicieron sentir que, aquel lugar, era otra casa nuestra», concluye con emoción Margarita.



La pianista junto a Frank Marshall. DL

DOS ANÉCDOTAS

Un piano sin teclas

■ Como colofón a esta breve semblanza de la vida de la más grande pianista española, dos preciosas anécdotas que la propia Alicia relató a Morais.

«Estamos a finales de los años cuarenta. Alicia, muy joven, es ya persona reconocida, concertista muy admirada dentro y fuera de nuestras fronteras. La llaman para dar recitales en salas importantes. Un día llega a un teatro para dar un concierto y no ve más un piano vertical, viejo y pequeño entre las cortinas. Preguntó al encargado de la sala:

—El piano para el concierto? Señora -le contestan—, es ese que tiene ahí delante. Alicia, se acerca, levanta la tapa de aquel teclado y ve que le faltan varias teclas de notas agudas. Señor, a este piano le faltan teclas. ¡Ah, sí, ya lo sabemos pero, si esas teclas casi no se usan! Alicia, muy sorprendida de aquella valoración tan desafortunada y comprendiendo que era imposible mejorar la situación en aquel momento, guardó silencio. Dio recital entre sonidos desafinados y el tak, tak, que producían sus dedos, fuertes y pequeños, al golpear la madera que que-

daba entre los huecos. En otra ocasión, se presentó a dar un concierto y cuando subió al escenario, no veía por ningún lado el instrumento. «Ahora le subimos», dijo el encargado, «es que todavía está en el sótano». Alicia, esperó y después de un largo rato vio que empujaban por el escenario un piano maltrecho por los efectos de la guerra. Entre las «calamidades» que sufría aquel instrumento, al que hasta le faltaba parte de un lateral, se encontraba la terrible humedad que había hinchado las maderas y según bajaba las teclas, se iban quedando enganchadas, como atornilladas. Pensó: ¡Dios mío y ahora qué puedo hacer! Este es el único instrumento que tienen y me lo suben como una joya, las entradas vendidas, la gente esperando... Sí, ya sé... daré un concierto con una mano y mientras, con la otra, subiré las teclas que quedan enganchadas. Alternaré las manos cuando lo crea conveniente para que vayan cambiando de «oficio» mientras el concierto. Así dio aquel recital, tocando como si se tratara de un gran cola último modelo y serie de fabricación.